

## CAPÍTULO 2:

### Parte A: INVESTIGACIONES PREVIAS EN EL EXTREMO SUR DE LA CORDILLERA MENDOCINA Y ÁREAS ALEDAÑAS

#### 1-Primeros trabajos y elaboración de una secuencia de desarrollo regional

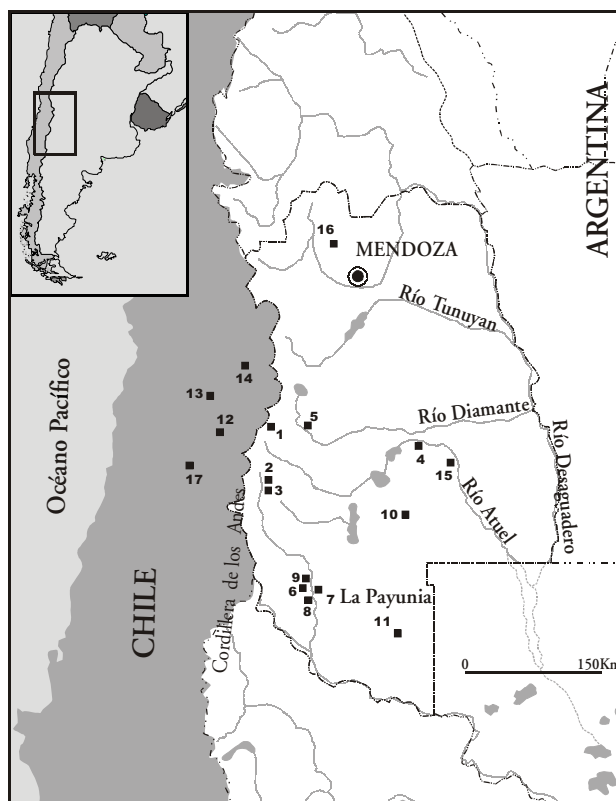
El extremo andino meridional del sub-continente americano es una de las áreas menos conocidas desde el punto de vista arqueológico. Dentro de ella, el Alto valle del Río Atuel no es la excepción y debió esperar hasta la segunda mitad del siglo XX para que se realicen en ella los primeros trabajos sistemáticos de investigación (Semper y Lagiglia 1968; Lagiglia 1968, 1972, 1977b, Durán 1997). Debido a este problema la revisión de los antecedentes comenzará con una discusión general de la arqueología del sur de Mendoza, haciendo especial énfasis en los valles cordilleranos más próximos, entre los que se incluyen los del Río Grande, Diamante y Salado. En este capítulo se presenta una breve revisión de la historia de los trabajos de investigación en la región, describiendo especialmente aquellos desarrollados en la última década y los localizados en ambientes de altura. Luego se discutirán los modelos arqueológicos planteados para las poblaciones prehispánicas de altura en el sur de Mendoza, y se esbozarán las preguntas futuras, como así también las vías de investigación surgidas a partir de los trabajos presentados.

Si bien las primeras menciones sobre la arqueología del sur de Mendoza comienzan a principios de siglo con el informe de algunos hallazgos arqueológicos superficiales aislados (Ambrosetti 1905; Outes 1906), los trabajos no toman fuerza hasta entrada la década del 60. Los primeros trabajos con impacto en la arqueología de la región no fueron desarrollados específicamente en el sur sino en el centro y norte de la provincia, como lo fueron la definición de los tipos culturales de Viluco (Boman 1920) y Agrelo (Canals Frau 1956; Canals Frau y Semper 1956) en los departamentos de San Carlos y Luján respectivamente. Su importancia deriva del hecho que numerosos hallazgos correspondientes a estos tipos cerámicos van a ser recuperados en el sur de la provincia y por lo tanto serán más tarde utilizados en la confección de secuencias culturales para nuestra región (Lagiglia 1975, 1976a, 1977b).

En 1962 Carlos Rusconi menciona por primera vez algunos sitios arqueológicos en el área del Alto Valle del río Atuel y del Salado. Si bien la mayoría de estos sitios arqueológicos son menciones de hallazgos aislados obtenidos a través de informantes no especializados, el también realiza visitas a alguno de esos lugares. Entre los sitios que describe se encuentran: “Localidad El Sosneado”, “Cerro Las Cabras”,

“El Manzano”, “Los Molles” y “El Peralito”. En ellos menciona la presencia de fragmentos cerámicos de diversos tipos, puntas de flechas, cuentas de collar y boleadoras, entre otros. En el área de Los Molles, el mencionado investigador informa la presencia de un hacha cefalomorfa o clava insignia, asimilable en términos culturales a los Araucanos (Rusconi 1962).

Recién en la década del 60, con la llegada de Lagiglia comienzan los primeros trabajos de excavación sistemáticos en el sur de la provincia. El sitio elegido fue La Gruta del Indio (Figura 1), ubicada en el cauce medio del río Atuel (Semper y Lagiglia 1968). Previamente este investigador había realizado diferentes aportes en la arqueología del sur de Mendoza describiendo perfiles, estructuras, pinturas y



**Figura 1:** Mapa mostrando los principales sitios arqueológicos incluidos en este capítulo: 1 El Indígena, 2 cueva Arroyo Colorado, 3 Arroyo El Desecho, 4 Cueva del Indio, 5 alto río Diamante (Los Potrillos, Gruta el Carrizalito, Alero Montiel, Gruta el Mallin), 6 El Manzano, 7 Puesto Carrasco, 8 Cañada de Cachi, 9 Cueva de Luna, 10 región El Nevado, 11 región El Payén, 12 Hacienda Cauquenes, 13 La Granja, 14 El Manzano, 15 Jaime Prats, 16 Agua de La Cueva, 17 Tagua Tagua.

diferentes objetos cerámicos y líticos (Lagiglia 1956a, 1956b, 1956c, 1962).

A través de estos primeros trabajos de excavación en La Gruta del Indio, Semper y Lagiglia (1968) definen cuatro etapas de ocupación en lo que ellos denominan un “ensayo cronológico”. Estas cuatro etapas son definidas a lo largo de la secuencia de la gruta y las denominan Atuel I, Atuel II, Atuel III y Atuel IV, las mismas fueron caracterizadas combinando criterios cronológicos, estilísticos y tecnológicos-subsistencia. Estas cuatro etapas que fueron enriquecidas con trabajos posteriores de Lagiglia (1968, 1972, 1977b, 1980b, 1981, 1997a) constituirán la columna vertebral de la prehistoria del sur de Mendoza durante las décadas siguientes.

Resumiendo los aspectos básicos del esquema de Lagiglia podríamos caracterizar estas etapas de la prehistoria del sur mendocino de la siguiente forma:

**Atuel IV:** Ubicada temporalmente hacia finales del Pleistoceno-principios del Holoceno, corresponde al denominado Horizonte Paleoindio. Los fechados obtenidos para este momento de ocupación van desde los 11.500 a 9.500 años AP. Entre los hallazgos se pueden mencionar instrumentos cortantes (herramientas toscas en base a guijarros) y carbón asociado a restos de guanaco, megaterio, milodonte y caballo americano. (Lagiglia 1968, 1977a, 1977b, 1980b, 1997a).

Esta etapa correspondiente al Paleoindio es dividida en tres momentos que denomina Precerámico Antiguo, Precerámico Medio y Precerámico Avanzado. Las tres subdivisiones son elaboradas en base a la información disponible en diversos sitios de Sudamérica y son correlacionadas con hallazgos superficiales realizados en las terrazas del Atuel (las dataciones relativas de estas terrazas se hicieron siguiendo criterios geomorfológicos).

El primero corresponde a un estadio de cazadores no especializados sin puntas, caracterizado por una industria de nódulos y lascas con raederas y raspadores. Está representado por la industria de Los Coroneles I (Lagiglia 1977b; 1980b)<sup>1</sup>.

El Precerámico Medio fue caracterizado como una industria de barras poliedricas y lascas espesas, que corresponde también a grupos de cazadores recolectores no especializados. En el sur de Mendoza está representada por la industria de Los Coroneles II. Más adelante es vinculada al Horizonte Andino de Bifaces y vinculada a las terrazas II y III de los coroneles (Lagiglia 1981).

El Precerámico Avanzado o Final corresponde a cazadores superiores con puntas lanceoladas y es correlacionada con Los Coroneles III. Aquí Lagiglia ubica a los grupos de Atuel IV hallados en la Gruta del Indio (Lagiglia 1977b). En 1980, Lagiglia subdivide al Precerámico en tres tradiciones de cazadores especializados: a) tradición de puntas de proyectil lanceoladas (Intihuasi-Ayampitín) entre el 8.000 y 6.500 años AC, b) Tradición de cazadores con puntas Pedunculadas Andinas entre el 8.000 AC y los 4.500 AC, c) tradición de cazadores con puntas de proyectil triangulares, llegan hasta los 4.000 años AC. (Lagiglia 1980b).

Recientemente, las tres etapas del Precerámico (Antiguo, Medio y Avanzado) son reunidas en dos: Precerámico o Paleoindio antiguo (12.000 a 10.000 años AC) caracterizada por la presencia de herramientas toscas en base a guijarros y Precerámico o Paleoindio avanzado (10.000 a 8.000 años AC) con puntas de proyectil (Lagiglia 1997a).

**Atuel III:** fechada en la Gruta del indio en  $3.810 \pm 40$  años AP. Corresponde a grupos de cazadores-recolectores que estarían “preparando el terreno para la agricultura”, y comprenden a “culturas con un desarrollo hacia la producción de alimentos” (Lagiglia 1997a). Esta etapa es definida por Lagiglia (1977b, 1980b, 1997a) como “Protoformativa”<sup>2</sup> equiparando este término al de “Arcaico” (Lagiglia 1980, 1997a), los representantes de este estilo de vida perdurarían, estando representados en tiempos históricos por los Puelches (Lagiglia 1981).

Según el mismo investigador, estos grupos tendrían un patrón de tipo “sedentario de nomadismo con base central” (Lagiglia 1980b), estableciendo al sur del río Diamante un mecanismo de trashumancia estacional. Esta amplia movilidad habría sido posibilitada por la apertura de los pasos a Chile, los que habrían estado interrumpidos hasta ese momento por el gran desarrollo de los glaciares. Los cambios ocurridos tanto en los niveles tecnológicos, estilísticos o de subsistencia son explicados a través del reemplazo o la llegada de pobladores de otras regiones.

*“Para el 3.810+40 AP tendríamos el arribo de facies culturales de cazadores-recolectores en el valle del Atuel (Atuel III) cuya costumbre era el entierro de fardos funerarios con empalizada de chañar y algarrobo, confección de redes y tubos de hueso. Son cazadores-recolectores del precerámico final que pronto van a dar lugar a la agricultura inicial” (Lagiglia 1980b: 59).*

1 Más tarde esta industria será caracterizada como un sitio taller a la cual se le asignará una edad de entre 25 y 15000 años AP (Lagiglia 1981).

2 Primeramente Lagiglia (1968) denominó a esta etapa como “Precerámico final o transicional” y los describió como “cazadores-recolectores de tipo costero en zonas mediterráneas”. El “Precerámico final” es definido como “el período inmediatamente anterior a la llegada del horizonte cerámico inicial” (Lagiglia 1980b: 56).

Para dicho autor, estos grupos de Atuel III fueron probablemente los primeros que hicieron experiencias con la agricultura (Lagiglia 1980b) y han sido caracterizados principalmente por el tipo de entierros. Éstos fueron realizados a través de la confección de paquetes envueltos en esterillas y de muros de contención de cañas para la preparación de los lugares de entierro.

**Atuel II:** Alrededor de 2.300 años AP habrían llegado los cultígenos con agricultores experimentados<sup>3</sup>, que se continuaron hasta los 1.900 años AP. Estos grupos basaban su economía en el cultivo de maíz (*Zea mays*), zapallo (*Cucurbita* sp), poroto (*Phaseolus vulgaris*) y quinoa (*Chenopodium quinoa*), completando su economía con la recolección de *Geoffrea decorticans*, *Prosopis* sp, *Ximena americana* y la caza del guanaco (*Lama guanicoe*), avestruz (*Pterocnemia pennata*) y liebre (*Dolichotis* sp) (Lagiglia 1963, 1968, 1975, 1980b; Semper y Lagiglia 1968)<sup>4</sup>. Así, el Atuel medio es considerado un “nodo terminal o límite de la agricultura inicial en la sub área Centro Oeste Argentino” (Lagiglia 1975, 1977b, 1999). Asociados a los restos de plantas domésticas mencionadas, aparecieron también dos fragmentos de cerámica, caña coligüe, cordelería, cuentas de collar, adornos de moluscos y cuatro entierros. La recuperación de un párvulo momificado muestra el especial cuidado dado a los muertos quienes son envueltos en cuero y tratados para su preservación (Semper y Lagiglia 1968; Lagiglia 1968, 1976b, 1980, 1999).

Estos grupos serían socialmente muy reducidos y estarían compuestos por “pocas familias nucleares o extendidas de naturaleza sedentaria que comparten el ambiente con cazadores recolectores” ubicando sus asentamientos en “los fondos de valles fértiles a orilla de los ríos entre el piedemonte, las depresiones y las llanuras del este” (Lagiglia 1999: pp 253).

**Atuel I:** Esta ocupación está representada en la Gruta del Indio por la presencia de motivos rupestres que muestran la presencia de españoles vistiendo trajes de la época (Semper y Lagiglia 1968). Lagiglia caracterizó a este momento como perteneciente a la «Cultura Neoarauca» y la ubica en el 1.600 AD (Semper y Lagiglia 1968; Lagiglia 1980a).

Por último, con el establecimiento de esta secuencia, queda planteado por Lagiglia un panorama complejo para el sur de la provincia de Mendoza. Así, a partir del segundo milenio antes del presente, los grupos ubicados al norte del Diamante y del Atuel son “sedentarios o semi sedentarios” y basan su subsistencia en la práctica de la agricultura, mientras que al sur “tenían un nomadismo libre, restringido o de base central” continuando con la caza y recolección (Lagiglia

1980b). Por otro lado, aún más al sur, en el área del Cerro Nevado “el uso del espacio agrícola es sólo esporádico con perduraciones puntuales”, con un hábitat dominado básicamente por cazadores-recolectores (Lagiglia 1997b).

## 2-Arqueología de altura en el sur de Mendoza

Los trabajos en áreas de altura del sur de Mendoza comenzaron en la década del 70 y han continuado, con algunas interrupciones, durante los 80 y 90, aunque casi siempre han tenido la forma de preliminares o han estado fuera de proyectos regionales. Ésto ha limitado el peso de los mismos en la elaboración o contrastación de modelos regionales. Sin embargo, actualmente ya contamos con investigaciones en las cuatro cuencas de altura más importantes del sur mendocino (de norte a sur estas son: las cuencas de los ríos Diamante, Atuel, Salado y Grande), lo que ha creado un corpus de datos que nos permite generar algunas expectativas en las investigaciones llevadas a cabo por nosotros y utilizar estos datos en la contrastación de las hipótesis propuestas (Figura 1).

Los ecosistemas de altura en los que se desarrollaron las investigaciones corresponden a ambientes como los que han sido descritos en el capítulo 1. Las cuatro cuencas estudiadas se hallan muy próximas y gran parte de los afluentes de estos ríos nacen en un área de no más de 50 km. de largo (Norte-Sur), lo que facilita la movilidad dentro de las escarpadas cerrilladas que conforman el cordón de la Cordillera Principal.

Las primeras excavaciones fueron realizadas por Lagiglia durante el verano de 1972 en el sitio El Indígena (que será descrito con mayor profundidad en el capítulo 5), el cual está ubicado a más de 3.400 m.s.n.m. y corresponde a un campamento conformado por 126 pircados (estructuras habitacionales) (Lagiglia *et al.* 1994b; Lagiglia 1997b). El lugar fue descubierto en 1971 por un grupo de andinistas quienes dieron aviso al Museo de Historia Natural de San Rafael y desde allí, Lagiglia organizó una campaña para relevar y excavar el sitio al año siguiente. Durante esos trabajos excavó tres estructuras, dos se excavaron completas (52 y 21), a una tercera (17) se le practicó una trinchera y a la cuarta (18) se le realizó un sondeo de las primeras capas (Lagiglia 1997b). En la estructura número 17 (nivel 2) se obtuvo un fechado sobre carbón de  $980 \pm 90$  años AP (LP-430) (Lagiglia *et al.* 1994b; Lagiglia 1997b). Allí se recuperó una importante cantidad de material con tipos cerámicos locales (Overo con sus diferentes variantes) y algunos fragmentos del tipo chileno Aconcagua Salmón, numerosas manos y morteros, productos de talla, casi exclusivamente de basalto y obsidiana, un instrumento (filo cortante de

3 Más tarde los llama agricultores incipientes sin cerámica o receptores de la alfarería inicial. (Lagiglia 1999).

4 A Atuel II lo llama Horizonte cerámico inicial, agricultura incipiente (Lagiglia 1980a).

obsidiana) y restos faunísticos en muy mal estado de conservación. Restos de *Lagenaria* sp. fueron encontrados por uno de los colaboradores de Lagiglia dentro de una de las ollas recuperadas enteras en diversos sectores del asentamiento (Lagiglia 1997b). Cabe mencionar también que se realizaron recolecciones superficiales de los distintos sectores del sitio en las cuales se encontraron materiales post contacto, lo que muestra un aprovechamiento del lugar hasta tiempos relativamente recientes.

Lagiglia (1997b) caracterizó a este sitio de altura como perteneciente a cazadores-recolectores trashumantes que dominaban los pasos cordilleranos próximos, a fin de intercambiar productos con sus vecinos chilenos.

*«...mi hipótesis sostiene que la ocupación en altura debió ser temporalmente muy corta y confinada con el propósito de establecer intercambios con los valles de Chile central»* (Lagiglia 1997b: 246).

Otra de las hipótesis que intenta explicar el origen de las ocupaciones de este sitio fue la explotación de un tipo particular de recursos, más precisamente un colorante que serviría para lograr el tono salmón de la cerámica Aconcagua de Chile Central (Lagiglia 1994a). En su trabajo, menciona otros siete sitios de características similares, estos son: Risco Blanco, nacientes del Río Negro, Los Peuquenes, Laguna El Diamante, Cerro Mesa, Arroyo Pincheira y Cerro Campanario. La mayoría no han sido visitados por arqueólogos por lo que su relocalización y caracterización quedará pendiente para trabajos futuros.

Otro investigador, Juan Schobinger, caracteriza a estos asentamientos de altura como “cazaderos o refugios estacionales” atribuyéndolos a ocupaciones tardías de época incaica y realizados por “gente de Chile” (Schobinger 1975).

Los primeros estudios sistemáticos de materiales extraídos de sitios de altura fueron los realizados sobre un hacha santamariana. Ésta es la única que se pudo rescatar de un grupo de tres encontradas en las nacientes del río Negro por un poblador de la región. Este hacha fue descripta minuciosamente por Lagiglia (1979) y recientemente ha sido re estudiada en sus aspectos metalográficos por Pifiretti (1997), estudios que incluyen las técnicas de confección y composición.

Los trabajos de Lagiglia en zonas de altura fueron retomados recién a fines de la década del 80 y principios de los 90 en la cuenca del río Salado, en el área del Arroyo El Desecho, a una altura de 2.100 m.s.n.m.. Allí el mencionado investigador realizó tareas en diferentes reparos y cuevas y en un sitio a cielo abierto. Desafortunadamente los materiales aún no han sido analizados en su totalidad por lo que es poca la información que se tiene de estos lugares. Entre los reparos el único que ha sido analizado al menos en forma parcial es la Cueva Arroyo Colorado (AD-10). La superficie excavada es de 6 cuadrículas de dos metros por dos, lo que abarca

prácticamente la totalidad de la cueva. Aquí, además del análisis arqueofaunístico, se ha presentado una secuencia preliminar sobre la base de criterios tecno-tipológicos (Lagiglia *et al.* 1994a). Los fechados obtenidos en el lugar son tres: LP-447,  $770 \pm 80$  años AP., LP-457,  $1.380 \pm 70$  y LP-472,  $3.190 \pm 80$  AP (todos sobre carbón). La secuencia antes mencionada está compuesta por tres componentes: el más tardío con cerámica incluye los dos fechados más recientes, el segundo no contiene cerámica y está caracterizado por la presencia de puntas de proyectil triangulares de base redondeada. Por último, el más temprano (que incluye el tercer fechado) está caracterizado por la presencia de puntas de proyectil triangulares y amigdaloides espesas (Lagiglia *et al.* 1994a). Los detalles sobre el análisis arqueofaunístico y la secuencia serán discutidos más adelante en el capítulo 5.

Como mencionamos anteriormente, durante los trabajos de campo de 1988, 1989 y 1990 en la cuenca del río Salado se excavaron otros reparos de los cuales se recuperó una importante cantidad de material que incluyeron dos entierros juveniles masculinos (Cueva de la India embarazada) (Novellino *com pers*). Pero como ya mencionamos anteriormente los estudios de gabinete no están completos.

Otro de los sitios excavados en la cuenca del río Salado está ubicado en la confluencia de este río con uno de sus tributarios, el arroyo El Desecho. Allí se excavó un sitio a cielo abierto que presentó una importante secuencia de ocupación con más de tres metros de potencia de sedimentos. Durante estos trabajos se abrieron tres cuadrículas de dos metros por dos metros y se recuperó una importante cantidad de instrumentos y productos de talla, como así también manos, molinos y un entierro en muy mal estado de conservación. Desafortunadamente no se cuenta con fechados ni análisis preliminares de este sitio que se muestra por demás interesante para abordar diferentes aspectos de la arqueología de la región.

Por su parte el Profesor Mariano Gambier durante la década del 70 a incursionado también en diferentes sitios de altura del sur de Mendoza, centrandos sus trabajos en dos áreas: una al sur del río Atuel en el piedemonte cordillerano del valle del río Grande y otra al Norte del río Atuel en el cauce cordillerano del río Diamante (Gambier 1985b). En la primera de estas localidades se excavó la Gruta del Manzano sitio en el que planteó tres cuadrículas (una triangular de 2,70 por 1,95 y dos de 2 por 2,70 m) con las cuales cubrió casi la totalidad de la superficie del reparo (cerca de 100 m<sup>2</sup>). Los primeros 40 cm fueron definidos por el autor como pertenecientes a «economías agropecuarias» y muy ricas en materiales arqueológicos, entre los que menciona huesos de “auquéñidos”, puntas triangulares pequeñas de base escotada, cáscaras de huevo, restos de alfarería y adornos labiales. Luego se suceden una serie de niveles que alternan momentos con mayor o menor densidad de materiales. Entre los hallazgos más importantes se puede mencionar un

«piso acondicionado de piedras» a los 70 cm, por debajo del cual se halló un entierro de un niño de aproximadamente 7 años. Las ocupaciones con mayor cantidad de material se suceden entre los 115 y los 215 cm, entre los que se encuentran puntas del “tipo Fortuna”. La profundidad máxima alcanzada fue de 235 cm en una de las cuadrículas, niveles en los que no había materiales culturales, aunque sí restos de animales extinguidos constituidos por dientes y huesos de un Megaterio (Gambier 1980, 1985b).

Cuatro fechados de los niveles inferiores han sido realizados entre los 140 y 215 cm, los cuales dieron antigüedades de: Nivel 140-155 -  $7.330 \pm 150$  años AP (GAK 7.259); Nivel 155-170 -  $7.110 \pm 180$  años AP (GAK 7530); Nivel 175/195 -  $7.190 \pm 130$  años AP (GAK 7531) y Nivel 195/215 -  $7.070 \pm 170$  años AP (GAK 7532). Como puede observarse los fechados no son coherentes con la estratigrafía ya que están invertidos. Si bien la amplitud temporal de los fechados no es muy grande, pudiendo caer dentro de las diferencias con un desvío estándar, entre el primer y último fechado hay más de 50 cm de sedimento. Este problema es abordado por Gambier realizando un promedio de los cuatro fechados y sus desvíos lo que le da una antigüedad de  $7.200 \pm 130$  años AP<sup>5</sup> (Gambier 1985b). Mas allá de este problema, la Gruta del Manzano es el primer registro para el Holoceno medio (8.000-4.000 años AP) en sitios de altura del sur de Mendoza, por lo que promete ser un lugar interesante donde se puedan testear variaciones en las tendencias de las ocupaciones de la región.

Algunas de las características más importantes para destacar son la presencia de manos de moler en los primeros niveles y los cambios en la abundancia de obsidiana a lo largo de la secuencia. En este último caso se puede ver una mayor frecuencia de la misma en los niveles superiores de la excavación. Desgraciadamente no contamos con fechados intermedios que nos puedan dar algún tipo de control cronológico de los cambios que están ocurriendo a largo plazo.

Otra área dentro de la que Gambier ha realizado investigaciones fue el alto valle del río Diamante. Allí excavó cuatro reparos denominados Gruta los Potrerillos, Gruta El Carrizalito, Alero Montiel y Gruta el Mallín (Gambier 1979, 1985a, 1985b).

En la gruta Los Potrillos ubicada a unos 25 km al noreste de La Jaula y a unos 2.550 m.s.n.m. se excavaron dos cuadrículas de 2,50 por 2 metros. Éste es el único de estos cuatro sitios de la alta cuenca del río Diamante en el que se obtuvo un fechado radiocarbónico. Éste fue realizado sobre un fogón ubicado en el único nivel con materiales culturales, a una profundidad de 90 cm, el resultado del mismo dió una antigüedad de (GAK-6492)  $3.610 \pm 100$  años AP (Gambier 1979,

1985b). El contexto cultural es definido por este investigador como similar al de Los Morrillos, pero luego lo define como que «se encuentra empobrecido» (Gambier 1985b: 145). Entre los restos recuperados menciona un predominio de puntas de proyectil triangulares, raspadores, cuchillos, una mano de molino y granos de maíz. El resto de los reparos sólo presentan un componente cerámico y por lo tanto se presumen menos antiguos que Los Potrillos.

Hacia fines de la década del 80 en el área pedemontana del Río Grande, Víctor Durán inició trabajos arqueológicos, los cuales se continuarían durante la década del 90. En esta región realizó su Tesis Doctoral elaborando una secuencia de desarrollo regional y un modelo de funcionamiento del área para tiempos pre y post hispánicos en base a varios sitios arqueológicos del sur de Mendoza y Norte de Neuquén (Durán 1997, 2000).

Los lugares excavados por el mencionado investigador son: Cueva de Luna, Alero Puesto Carrasco, Cañada de Cachi y Cueva de los Indios. También realiza una serie de sondeos en las áreas aledañas de la Payunia. En Cueva de Luna excavó una superficie de 3,5 m<sup>2</sup> de donde se extrajo una importante cantidad de materiales. Sobre la base de criterios tecnotipológicos divide la secuencia de ocupación en cinco componentes, fechando el 4 (LP-321:  $1.490 \pm 60$ ) y el 5 (LP-341:  $3.830 \pm 160$ ) (Durán y Ferrari 1991; Neme *et al.* 1995; Durán 1997, 2000). Los dos primeros componentes de la secuencia corresponden a momentos post hispánicos (criollos y Pehuenches araucanizados), en los que se recuperó cerámica Valdivia, textilera de origen europeo, loza, metales, botones, huesos de ganado europeo y animales locales, semillas de trigo y de plantas de la región y puntas de proyectil confeccionadas en obsidiana. Los restantes componentes corresponderían a cazadores-recolectores previos al contacto. El componente cuatro con un fechado de  $1.490 \pm 60$  años AP presenta una ocupación de cazadores recolectores con cerámica, constituyendo el registro más antiguo de esta tecnología para el sur de Mendoza. A partir de este hallazgo, el autor discute el significado de esta innovación tecnológica dentro de la región. Además de la cerámica, en este nivel aparece un raspador, dos puntas de proyectil, desechos de talla y numerosos restos de fauna (Durán 1997). También en el componente cuatro, fueron recuperados al igual que en los dos anteriores, lechos o capas de gramíneas que muestran la utilización del reparo como lugar de descanso. El componente 5 es el más antiguo y muestra una ocupación esporádica del reparo. En este aparece solo un instrumento (cuchillo), algunos desechos de talla y unos pocos restos faunísticos. Los estudios arqueofaunísticos realizados con los materiales recuperados muestran un predominio del guanaco con respecto al resto de las especies en todos los niveles (Neme *et al.* 1995).

---

5 Una discusión de este problema con los fechados de la Gruta El Manzano y su tratamiento por Gambier es realizada por Víctor Durán (1997).

Durán postula en una de sus hipótesis un uso estacional de este sitio. Específicamente habla de una ocupación invernal, lo cual, como señala él mismo en su Tesis, no se corresponde con las evidencias encontradas. Todos los indicadores de estacionalidad parecen indicar un uso estival del reparo (Durán 1997) que en todos los conjuntos muestra un predominio del guanaco con respecto al resto de las especies.

Otro de los sitios estudiados por Durán fue Alero Puesto Carrasco, este es un reparo ubicado sobre la margen izquierda del río Grande donde se excavó un área de 2,50 por 2,00 m, alcanzando una profundidad máxima de 95 cm. La estratigrafía fue dividida en seis capas naturales que se usaron para subdividir el registro en seis unidades o componentes culturales, 3 cerámicos y 3 precerámicos (Durán 1997, 2000; Durán *et al.* 1999). Dos fechados fueron publicados para los componentes 3 (cerámico)  $470 \pm 90$  años AP. y 6 (precerámico)  $2.090 \pm 80$  años AP. Los primeros tres componentes corresponden a momentos post hispánicos con presencia de materiales del siglo XX (Componente I). Si bien en el registro faunísticos aparecen animales europeos, el guanaco es la especie más representada. El componente III fue definido como un campamento base de cazadores-recolectores del siglo XVII (Morcollames) (Durán 1997), aunque el registro arqueofaunístico no apoya esta idea (ver Neme *et al.* 1998). En este componente aparecen, entre otros, numerosas puntas de proyectil, tiestos cerámicos, valvas de moluscos, cañas coligüe, evidenciando un importante flujo de bienes con grupos de Chile central y/o Neuquén (Durán 1997: 2000). La presencia de una cuenta de vidrio hispánico da una fecha mínima de ocupación. El componente IV fue caracterizado como perteneciente a «los antecesores directos de los Morcollames históricos» (Durán 1997; Durán *et al.* 1999).

En el componente V, al igual que el anterior, no se recuperaron tiestos cerámicos, en cambio se encontraron puntas de proyectil, cuentas de collar confeccionadas en valvas de moluscos, caña decorada, pigmentos y lechos de gramíneas, entre otros. Cronológicamente se le asigna por comparación estilística con otros sitios de la región, a una fecha cercana a los 1.000 años AP. (Durán 1997). En cuanto al registro arqueofaunístico se señala la explotación de guanaco y la disminución del número de especies (Durán 1997; Neme *et al.* 1998). El componente VI presenta fogones, desechos de talla, puntas apedunculadas «similares a las de los niveles de los Morrillos de La Gruta del Manzano» y las de Cueva Haichol del 2.400 AP y un escaso registro faunístico. Un fechado para el inicio de las ocupaciones lo ubica en  $2.090 \pm 80$  años AP (I-16.638- Teledyne).

El sitio Cañada de Cachi está ubicado sobre la margen izquierda del arroyo El Manzano, próximo a la desembocadura de éste en el río Grande. Las dimensiones del alero son de 12 por 5 m y en él se excavaron 2 cuadrículas de 1 m por 1 m

en el verano de 1992 hasta alcanzar 120 cm de profundidad (Durán 1997). Los materiales fueron segregados en siete conjuntos con una antigüedad máxima de 3.200 años AP en el componente inferior.

El componente V es el más reciente con restos de guano de chivo y/o oveja, puntas de proyectil triangulares pequeñas de base cóncava, tiestos cerámicos de tipo utilitario y restos de fauna. En el componente IV, se encontraron raspadores, raederas, cuchillos, desechos de talla y tiestos cerámicos de probable manufactura foránea. Éste y el componente anterior son asignados a grupos de cazadores-recolectores. El componente IIIb fue fechado entre  $2.260 \pm 120$  años AP (LP-410) y 1.900 años AP (TL-Univ. Cat. De Chile). En este componente al igual que en los dos anteriores hay un claro predominio de la obsidiana tanto en instrumentos como en productos de talla junto a puntas de proyectil espesas, tiestos cerámicos de tipo utilitario y un tipo de cerámica decorada posiblemente de origen chileno (Durán 1997, 2000). La cantidad de restos cerámicos (35) es señalada como importante en relación al resto de los sitios excavados. Cuentas de collar confeccionadas en valvas de moluscos marinos del pacífico completan los conjuntos.

Para el componente IIIa, la antigüedad es inferida en unos 2.200 años AP y en éste aparece un fragmento de cerámica probablemente intrusivo y cuentas de collar sobre valvas de moluscos, entre otros. Para Durán «Estos bienes junto con la obsidiana evidencian la movilidad de estos grupos o la movilidad de algunos bienes que ingresan al sistema» (Durán 1997: 331). El componente II es caracterizado como producto de grupos cazadores-recolectores precerámicos con un uso predominante de obsidiana como materia prima. Cronológicamente se le asigna una antigüedad posterior, comprendida entre los 3.200 y los 2.200 años AP. El componente Ib registra una inversión en el uso de las materias primas, de foráneas a locales (Durán 1997), esto junto con algunos otros hallazgos son vistos como implicancias de la movilidad de los grupos. El componente Ia fue fechado sobre carbón disperso en capa en  $3.200 \pm 120$  años AP y en él se recuperaron unos pocos artefactos líticos. Por las características de todo el conjunto Durán lo asocia a una estrategia de tipo expeditivo relacionada al aprovechamiento de rocas locales (Durán 1997).

En líneas generales, se puede observar que a lo largo de la secuencia se produce una inversión en el uso de las materias primas, donde la obsidiana pasa de ser la menos abundante (al inicio de las ocupaciones) a la más abundante (durante el tardío). De esta forma, se convierte en un elemento común para toda la región, lo que pudo haber implicado cambios en los sistemas de movilidad. El análisis de los restos líticos muestra que este sitio formó parte de una red mayor de asentamientos dentro de los circuitos de movilidad estacionales (Durán 1997, 2000).

Otros sitios fueron prospectados y sondeados por este investigador fuera del valle medio del río Grande entre los que se puede mencionar a Malal Pincheira. Éste es un conjunto de 28 recintos pircados semicirculares, ubicados en un malal sobre la margen izquierda del río Malargüe. Durán le asigna una funcionalidad estratégica y defensiva que temporalmente correspondería a momentos post-hispánicos. Entre los restos recuperados cabe destacar una importante cantidad de tiestos cerámicos y restos faunísticos de animales europeos (Durán 1997).

Otro de los sitios corresponde a Cueva de Los Indios, un alero ubicado sobre la margen derecha del Río Grande en el cual se realizó un sondeo de 1 por 1,5 m hasta los 75 cm de profundidad. En él se definen tres componentes dos post hispánicos (siglos XVIII y XX) dentro de los cuales se encontraron dos tiestos cerámicos, trigo, maíz, productos de talla y algunos instrumentos, pigmento, cuero y un astil. La ocupación precerámica, sin cronología, incluye algunos productos de talla, un cuchillo, una preforma y una cuenta de collar (Durán 1997).

Algunos trabajos en ambientes de altura del norte de la provincia de Mendoza han arrojado resultados interesantes tanto en lo referido al poblamiento de la cordillera mendocina como a los modelos de ocupación de estos espacios. En primer lugar las excavaciones de Alejandro García en el sitio de Agua de la Cueva al norte de la precordillera mendocina han permitido obtener una serie de ocupaciones humanas fechadas hacia fines del Pleistoceno y principios del Holoceno (García 1992, 1997); las cuales muestran un aprovechamiento casi exclusivo de camélidos entre los que pudieron contarse *Lama guanicoe* y *Lama vicugna*. Llamativamente no se encontraron asociados restos de fauna extinta entre las ocupaciones humanas (Gil et al 1997). La secuencia de Agua de la Cueva se continúa durante todo el Holoceno alcanzando las ocupaciones alfareras más tardías. García (1997) también defiende la idea de una explotación de los recursos de tipo estacional con un modelo de movilidad transhumante a lo largo del paisaje. Esta idea de complementariedad entre pisos ecológicos distintos ha sido puesta a prueba en el norte de Mendoza por Valeria Cortegozo (1999), a través del análisis de la organización de las estrategias tecnológicas en los sitios de cordillera de La Manga y Río Blanco, mostrando una vía de análisis que va más allá de las especulaciones basadas en nuestra percepción de los espacios cordilleranos contemporáneos.

### **3-Arqueología en el sur de Mendoza durante la década del noventa**

Pese a que hasta la década del 80 solo contábamos con los trabajos de Lagiglia y de algunos aportes aislados que abrían una luz sobre el pasado arqueológico de la región, hoy el

panorama es mucho más alentador. Durante la década del noventa se ha multiplicado el número de investigadores que trabajan en la región o que han centrado su interés en temas locales. Si bien es cierto también que la muestra arqueológica es pequeña y que muchas de las áreas permanecen prácticamente desconocidas, sin siquiera, las excavaciones, análisis de sitios, planteamientos de nuevos problemas y prospecciones se suceden día a día.

Los trabajos de Lagiglia durante esta década han girado en torno a la excavación de los sitios de altura anteriormente mencionados (Cueva arroyo Colorado, Arroyo El Desecho, entre otros), a la profundización y revisión de sus trabajos en la Gruta del Indio (Lagiglia 1997a; Lagiglia y García 1999; Long *et al.* 1998), a la excavación del cementerio de Jaime Prats (Lagiglia 1994b) y al estudio de temas puntuales como es la obtención de materias primas para la confección de cerámica (Lagiglia 1994a).

En un trabajo de arqueología de rescate durante 1987, Lagiglia excava junto a un grupo de colaboradores el cementerio indígena de Jaime Prats, ubicado sobre la margen derecha del río Atuel a unos 60 km de San Rafael. Este importante hallazgo brindó la inusual cantidad de 120 entierros que fueron fechados en  $2.040 \pm 120$  años AP (LP-404) (Lagiglia 1994b; Novellino *et al.* 1996) y  $1.755 \pm 80$  años AP (AC-1.396) (Lagiglia 1999). El contexto asociado a los mencionados entierros consisten en 5 puntas de proyectil y dos productos de talla y es definido como perteneciente a grupos de cazadores-recolectores, más precisamente a lo que este autor denominó en la Gruta del Indio como Atuel III (Lagiglia 1994b).

Por su parte Víctor Durán ha continuado los trabajos en la cuenca alta y media del río Grande intentando completar un marco cronológico para el extremo sur de la provincia de Mendoza. Sus investigaciones se centran en el abordaje de los procesos que llevaron a la «hispanización» del sur de Mendoza. Junto a la Dra. Paula Novellino están excavando un cementerio post hispánico en el Departamento de San Carlos, en la localidad de Capiz. Allí se han recuperado 14 entierros con ajuar, compuesto entre otros por vasijas de tipo Viluco y cuentas de collar (Durán Novellino y 1999).

En su reciente Tesis Doctoral Adolfo Gil (2000) ha armado un modelo de poblamiento para las áreas más áridas del sur provincial. Dirigiendo sus estudios en la región de la Payunia a través de la comparación del registro arqueológico de las sub regiones del Nevado y del Payen. Por otra parte, sus trabajos se centraron en la distribución y significado de los cultivos prehispánicos en el sur de Mendoza (Gil 1997-1998, 2000). El mencionado investigador plantea dos hipótesis alternativas, (en un primer momento el número de hipótesis planteadas eran tres (Gil 1997-1998) pero esa propuesta original fue reformulada cambiando el número de hipótesis a dos (Gil 2000)) cuyas implicancias arqueológicas son con-

trastadas a través de una profunda discusión del registro arqueológico de todo el sur de Mendoza en general y de la Payunia en particular. Para desarrollar esta discusión dicho autor propone abordar una serie de indicadores en conjunto en vez de “rasgos aislados” como se había discutido hasta el momento. Entre estos indicadores él menciona la movilidad, el stress nutricional, la presencia de cultígenos, las estructuras de cultivo y el espectro de dieta entre otros (Gil 1997-1998).

A través de la discusión de estas variables se replantea el significado y la existencia de la “Cultura Atuel II” como una sociedad de agricultores incipientes tal como había sido concebida por Lagiglia (1977b, 1981, 1997a). Para discutir su existencia se basa en la falta de indicadores claros de agricultura (sistemas de riego, instrumentos de labranza, etc.) y en la utilización de la cueva como lugar de entierro durante esa época, lo que pone en duda su importancia en la caracterización de la subsistencia (Gil 1997-1998, 2000).

Las hipótesis alternativas que evalúa son:

Hipótesis 1: «Los cultígenos prehispánicos registrados no fueron producidos por las poblaciones que ocuparon la región aunque sí los utilizaron. Estas poblaciones durante el Holoceno tardío obtuvieron los cultígenos como producto de la interacción con grupos vecinos agricultores.

Hipótesis 2: “Los cultígenos prehispánicos registrados en la región durante el Holoceno tardío fueron producidos y utilizados por quienes la poblaron» (Gil 2000: 332).

La contrastación de estas hipótesis con el registro arqueológico de la región a través de múltiples variables que incluyen datos bioantropológicos, defienden la hipótesis 1 y ponen en duda la existencia de sociedades productoras en nuestro territorio para el segundo milenio antes del presente.

Por otro lado en su Tesis Doctoral el mismo investigador postula un poblamiento tardío de la Payunia, donde si bien parecen haber habido algunos intentos exploratorios durante el Holoceno medio (7.000 años AP), la colonización efectiva de ese territorio se habría dado recién en el Holoceno tardío, alrededor de los 2.000 años AP en el área del Nevado y en 1.000 años AP en el Payén. Es en este último momento cuando se habría producido la incorporación, de vegetales domésticos a través del intercambio (Gil 2000).

Las ideas de Gil han sido apoyadas por los trabajos desarrollados por Novellino y Guichón, quienes desde el campo de la Bioantropología han relevado diferentes indicadores de dieta y salud de las poblaciones del sur mendocino (Novellino y Guichón 1995; Novellino *et al.* 1996). Los trabajos de bioantropología comenzaron con el relevamiento de indicadores biológicos (dieta, estado nutricional y salud) de los restos recuperados por Lagiglia en las

excavaciones del cementerio de Jaime Prats (Novellino y Guichón 1995; Novellino *et al.* 1996). A través de este relevamiento (que incluyó desgaste dental, caries, hipoplasia dental e hiperostosis porótica) concluyen que los datos se corresponden con un tipo de subsistencia cazadora-recolectora. Estos estudios fueron complementados con un relevamiento de todos los restos óseos humanos del sur de la provincia, los cuales fueron comparados con observaciones realizadas en el norte de las provincias de Mendoza y de San Juan. La muestra total comparada corresponde a 84 individuos del sur de Mendoza y 47 del norte de Mendoza-San Juan. Esta comparación estuvo fundamentada en el hecho que el registro arqueológico y etnohistórico de ambas regiones es contrastante, asumiéndose que corresponden a diferentes tipos de subsistencia (cazador-recolector en el sur de Mendoza y agricultores en el norte de Mendoza-San Juan). Los resultados confirman una diferencia significativa en las variables de ambas zonas, lo que refuerza las hipótesis surgidas desde el registro arqueológico y etnohistórico (Gil 1997-1998, 2000; Novellino y Guichón 1997-1998).

Desde el arte rupestre Carlos Gradín ha abordado el estudio de problemas de filiación étnica en el sur de la provincia. Si bien sus trabajos en el área comenzaron junto a Schobinger hace más de un década, en este último tiempo ha retomado las investigaciones analizando las pinturas de los sitios Casa de piedra del Cerro Pincheiras y Rincón Amarillo (sitios 1 y 2), los cuales presentan pinturas geométricas atribuibles a grupos Puelches (Gradín 1997-1998). Para el autor los motivos en la región muestran una importante movilidad, contactos, alianzas y probablemente situaciones de conflicto durante el Holoceno tardío, lo que indica un panorama étnico muy complejo.

#### **4-Resumen de la información arqueológica en las regiones de altura del sur de Mendoza**

La información arqueológica disponible para las regiones de altura del sur de Mendoza, muestra una falta de datos correspondientes al Pleistoceno final-Holoceno temprano. Los únicos datos correspondientes al poblamiento inicial del sur provincial provienen del Atuel medio, en la llanura mendocina, en la ya mencionada Cueva del Indio, la cual presenta un componente Paleoindio de más de 10.000 años (Lagiglia 1977b; Long *et al.* 1998). En las áreas de altura los restos culturales más tempranos corresponden al Holoceno medio y son los fechados obtenidos por Gambier en alrededor de 7.200 años AP en la Gruta del Manzano (Gambier 1980, 1985b, 1987). Este investigador define a estas ocupaciones como una mezcla de elementos Fortuna con Morrillos que habrían utilizado a la cueva de una forma estacional,

más precisamente en verano (Gambier 1985b, 1987). Por su parte Durán la caracteriza como pertenecientes a una etapa de exploración de la cordillera sur-mendocina (Durán 1997). Sobre la base de la evidencia arqueofaunística, este autor pone en duda la estacionalidad en la que fue explotado el sitio y resalta la gran diversidad artefactual que incluye raederas, cuchillos, puntas de proyectil y desechos de talla.

Después de los fechados de Gambier en la gruta del Manzano no hay registro de otras ocupaciones para el Holoceno medio en ninguno de los sitios excavados. Esta notoria ausencia de ocupaciones va desde los 7.000 a los 4.000 años AP y ha llamado la atención de distintos investigadores quienes han tratado de interpretar la ausencia de registro (Gambier 1976; Durán 1997; Gil 2000). Gambier define a este hiatus ocupacional como un periodo de «tierra Yerma» (Gambier 1976) mientras que Durán busca explicarlo a través de fenómenos o eventos catastróficos como la actividad volcánica. En este sentido él identifica en perfiles y sitios arqueológicos de la región diferentes eventos volcánicos, algunos de los cuales coinciden con este lapso temporal. Diferentes efusiones volcánicas son fechadas en la cuenca del Río Grande (localidad del Manzano) y en el norte de Neuquén (Cueva Haichol) entre  $7.340 \pm 400$  años AP y  $7.120 \pm 350$  años AP (Durán 1997), lo que muestra un importante paralelismo con la falta de registro arqueológico en la región. Sin embargo este problema que nos presenta el registro arqueológico no se confina solamente a los límites del ámbito cordillerano, sino que el mismo ha sido detectado por otros investigadores en las regiones aledañas de la Payunia y el cauce medio del río Atuel (Gil 2000).

La mayoría de los fechados y ocupaciones de las tierras altas del sur mendocino se concentran durante el Holoceno tardío, es decir en los últimos 4.000 años AP. Allí se encuentra una gran diversidad de sitios, funciones y estilos. Los fechados más antiguos de este periodo corresponden a las ocupaciones iniciales de Cañada de Cachi (3.200 años AP) y Cueva de Luna (3.830 años AP), ambas en el valle del Río Grande; el componente más antiguo de Cueva Arroyo Colorado (3.190 años AP), en el Valle del Salado y el componente «cazador-recolector» de la Gruta Los Potrillos, en el valle del Diamante. Para este momento, en todos estos sitios hay ausencia de cerámica y los análisis arqueofaunísticos muestran al guanaco como el animal más explotado, con porcentajes que en algunos casos superan el 90 por ciento de los restos recuperados. En todos ellos la obsidiana es la materia prima menos abundante y aparecen puntas triangulares, medianas de diversos tipos.

Gambier (1985b) define las ocupaciones de este momento en Los Potrillos como perteneciente a Los Morrillos y Durán (1997, 2000) como Fase precerámica II y III. De cualquier modo es claro que las poblaciones de la región están bien establecidas en este momento y por los distintos elementos recuperados, están haciendo uso de los diferentes recursos

de la cordillera y zonas aledañas ya sean líticos, vegetales o faunísticos. La altura en la que se encuentran estas ocupaciones varía entre los 2.200 y los 1.500 m.s.n.m.

Con la información que contamos es difícil caracterizar la funcionalidad de los sitios e intentar ensamblarlos en un sistema mayor que los contenga. Un sesgo claro que se presenta es que todos los sitios excavados están ubicados en aleros o cuevas con los problemas que éste presenta en términos de funcionalidad (Gómez Otero 1995).

Los últimos 2000 años son los más ricos en cuanto a información. A partir de este momento los sitios se dispersan por todos los pisos ecológicos de los distintos valles andinos y las ocupaciones son encontradas no sólo en reparos, sino también en sitios a cielo abierto. La variabilidad del registro arqueológico aumenta, diversificándose los tipos de puntas de proyectil, aparece la cerámica en diferentes localidades y los sitios con estructuras se localizan en cordillera antes del comienzo del último milenio. La obsidiana deja de estar pobremente representada y pasa a ser en casi todos los sitios la materia prima más abundante. Todos los investigadores señalan también la presencia de otros ítems culturales confeccionados en lugares lejanos (Lagiglia 1977a; 1977b; Durán 1997; Gil 2000).

## **5-Discusión de los modelos propuestos para las regiones de altura del sur de Mendoza**

La mayoría de los trabajos arqueológicos presentados en este capítulo son encuadrados en modelos generales que intentan dar cuenta de la modalidad de ocupación y explotación del espacio en el sur de Mendoza, tanto para las regiones de altura como para las áreas intermontanas. En general y sólo con variantes mínimas el modelo propuesto para la explotación de las regiones de altura es el de una movilidad estacional de tipo transhumante (Schobinger 1975; Gambier 1976, 1977; Lagiglia 1977<sup>a</sup>, 1997b; Durán 1991, 1997). Esta idea es generada a partir del comportamiento observado en las poblaciones de pastores actuales de la región que es descrita ampliamente por Agüero Blanch en un trabajo realizado en el Departamento de Malargüe (Agüero Blanch 1971).

Lagiglia (1977a, 1997b, 1997c), Gambier (1976) y Schobinger (1975), sostienen la vigencia de este modelo en los Andes del sur mendocino, aunque con algunas variantes. Durán en su Tesis Doctoral va más allá y trata de contrastar este patrón de uso de las tierras altas a través de distintos indicadores de estacionalidad en diversos sitios del área del río Grande (Durán 1997). En ninguno de los casos los autores consideran a la cordillera como una barrera infranqueable, extendiendo este patrón de ocupación a los valles

cordilleranos de la vertiente occidental y la costa del Pacífico (Gambier 1976; Durán 1997; Lagiglia 1997b, 1997c). Los diferentes autores afirman que este uso del espacio cordillerano se mantuvo desde muy temprano (al menos desde 8.000-7.000 años AP), continuándose hasta momentos posteriores al contacto hispano-indígena (Gambier 1976; Lagiglia 1997b, 1997c; Durán 1997). Gambier y Durán ubican los límites de este movimiento transhumante entre los asentamientos invernales del piedemonte argentino y los valles de la costa Chilena<sup>6</sup>.

Hablando de una supuesta fusión de las tradiciones Fortuna y Morrillos Gambier afirma que

*« estamos.....en presencia de posibles movimientos migratorios de grupos humanos con idénticas tradiciones que pasan los inviernos en las tierras bajas de una y otra banda cordillerana y confluyen en las tierras altas durante el verano para la temporada de cacería, cumplimentando de esa manera las hipótesis migratorias de los cazadores tempranos en los Andes Centrales Argentino-Chilenos »* (Gambier 1980: 51).

Lagiglia, en cambio, habla de una movilidad más extendida en la que los grupos se moverían dentro de una zona que abarcó la vertiente chilena de la cordillera hasta las llanuras próximas a El Nihuil (Lagiglia 1997b). Este modelo es, en algunos aspectos, similar al propuesto por Durán (1997), ya que el uso de los diferentes ambientes estaría dado por la coexistencia de dos circuitos paralelos uno de cada lado de la cordillera, costa-intermedio-cordillera (en Chile) y valles-interandinos piedemonte oriental-llanuras vecinas (en Argentina). Estos circuitos de movilidad y la recurrencia ocupacional de los sitios señalan también para Lagiglia la existencia de una reconocida territorialidad. En un trabajo sobre el sitio de cordillera El Indígena Lagiglia comenta:

*«...hay continuidad ocupacional del sitio por lo menos en más de 1000 años. Esto habla en favor de la existencia de grupos que tradicionalmente han ganado estrategias adaptativas de altura, que le otorgan una particular «territorialidad», con un manejo del espacio mediante un patrón de movilidad de tipo transhumante, nómada estacional, en un interjuego oscilante entre los valles de altura hasta los 3500 m. y los valles de llanura o bajos, a menos de los 2000/1500 m., llegando luego fuera del piedemonte cordillerano, a las llanuras o depresiones intermontanas, a las cerrilladas menores, y a las llanuras de la travesía.»* (Lagiglia 1997b: 264).

En su trabajo sobre los cazadores de altura Lagiglia (1997b) propone que la duración de las ocupaciones de altura son

confinadas a un máximo de cuatro meses y plantea como conclusión final dos modelos de transhumancia:

- a) Modelo transhumante I: En este caso el grupo se mueve estacionalmente ocupando los valles bajos en invierno y los valles altos en verano.
- b) Modelo transhumante II: A este segundo modelo lo denomina también *«modelo de intercambio comercial»*. En este caso, al modelo anterior habría que agregarle la fisión de parte del grupo durante el verano o el traslado completo del mismo hacia Chile a los efectos de establecer intercambios con el grupo transandino, para luego volver al sitio de altura desde donde habían partido (Lagiglia 1997b).

Por su parte, Schobinger (1975) propone un cambio en los sistemas de movilidad de "nómada a transhumante". Aparentemente este cambio se habría producido después del Paleolítico aunque no se hace una referencia más profunda a cuales habrían sido los efectos del mismo. Este autor es el único que plantea un uso diferente de algunos espacios cordilleranos cuando, hablando del área del Salado afirma

*....»en una zona se practicó la agricultura a juzgar por la gran cantidad de moletas o manitos de moler recogidos en el valle de Los Molles»* (Schobinger 1975: 37).

Esta idea es difícil de defender con la sola presencia de elementos de molienda. Más allá de la falta de indicadores claros de este tipo de economía en la región, las características climáticas del lugar impiden el desarrollo del ciclo de las plantas en alturas de 2.000 m.s.n.m. como la de la localidad mencionada por Schobinger.

La presencia de numerosos bienes de la vertiente occidental de la cordillera dentro del lado oriental y viceversa ha ampliado el territorio comprendido dentro del circuito anual a la costa de Chile central. En este sentido, el aumento en la cantidad de bienes hacia el tardío es vista como un aumento en el grado de movilidad de los grupos. Por ejemplo, al describir la «Cultura del Overo» Lagiglia destaca la fuerte movilidad alcanzada por los grupos que habitaban el lugar (Lagiglia 1997b). Al respecto Lagiglia menciona la importancia que podría haber tenido en la instalación de los grupos de cazadores recolectores la obtención de determinado tipo de recursos. Específicamente él menciona la explotación potencial del denominado "Recurso naranja" (óxido de hierro de origen hidrotermal) que podría haber sido utilizado en la confección de las vasijas del complejo chileno Aconcagua Salmón (Lagiglia 1994a).

En su último trabajo sobre la problemática de los cazadores-recolectores de altura, Lagiglia (1997b) sostiene que hasta

---

6 En el caso de Durán este circuito se complementaría con otro entre el piedemonte y la Payunia.

los 8.000 años AP la cordillera habría sido muy difícil de cruzar por la gran cantidad de hielo contenida en el cordón del límite. Por lo tanto las poblaciones hasta esta fecha se habrían movido más de Norte a Sur que de Este a Oeste. En este caso el investigador retoma una idea similar a la planteada en el modelo antropodinámico que menciona tempranamente en su Tesis (Lagiglia 1977b). Según este modelo, los grupos humanos de la región se moverían preferentemente de Este a Oeste en la zona extracordillerana y de Norte a Sur en la cordillera. La diferencia en cuanto a los movimientos en cada una de las regiones se debe en este caso a la disponibilidad diferencial de agua. Así mientras en la zona extracordillerana, los cauces están muy distantes uno de otros (en algunos casos a cientos de kilómetros), en la zona de cordillera los cauces se encuentran muy próximos, lo que le permite a los grupos humanos moverse más ampliamente.

Dentro de este modelo de transhumancia estacional, Durán (2000) introduce en el mismo, aspectos de la dinámica interna de los grupos extraídos del modelo de Fusión-Fisión de Gamble (1990). En este sentido, él habla de dos momentos bien marcados dentro del ciclo anual que incluyen un tipo de ocupación invernal, donde las bandas de cazadores-recolectores se reunirían en grupos mayores en los valles intermontanos (Fusión), para luego durante el verano subdividirse nuevamente en bandas menores y así poder hacer un mejor aprovechamiento del ambiente que están explotando (Fisión).

Otro aspecto importante propuesto por Durán en su Tesis es la idea que hacia el Holoceno tardío, entre los 2.000 y 500 años AP, el río Grande podría haber funcionado como límite interétnico entre grupos. Según el autor, esto podría estar

acompañado de un proceso de complejización social y la incorporación de la cerámica y el arco, lo que conllevaría al desarrollo de nuevas formas de obtención de alimentos (Durán 1997). La obtención de materias primas líticas no locales, particularmente la obsidiana es vista como un aumento de la movilidad a través de la incorporación del caballo.

Como vemos entonces con este resumen de los modelos de movilidad expuestos en las áreas de altura, todos los investigadores coinciden en la idea de una movilidad transhumante a través de los distintos pisos ecológicos durante las diferentes estaciones del año. Este esquema se habría mantenido sin cambios a través de toda la prehistoria regional. Los aspectos novedosos o distintos dentro de esta discusión corresponden a las dudosas interpretaciones de Schobinger acerca de la presencia de agricultores en el valle intermontano de Los Molles y las ideas de Fusión-Fisión estacional de los grupos incorporadas por Víctor Durán (2000). La presencia de numerosos ítems foráneos en el área de cordillera (fundamentalmente durante el Holoceno tardío) ha llevado a los diferentes investigadores a pensar en un aumento de la movilidad y del rango de los movimientos de las bandas hacia regiones más distantes.

En la parte B de este capítulo se realizará una síntesis de las investigaciones en la vertiente occidental de la cordillera, especialmente para los últimos 2.000 años AP, como una forma de tener una visión más amplia del registro arqueológico de cordillera. En la última parte de este capítulo se discuten los diferentes modelos propuestos para ambos lados de la cordillera intentando comprender y correlacionar los posibles cambios ocurridos entre las poblaciones humanas prehistóricas.



## Parte B: EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DE CHILE CENTRAL

La proximidad entre las áreas del alto valle del río Atuel (Argentina) y Chile central, la complementariedad de los recursos de ambas vertientes cordilleranas y las numerosas menciones de intercambio entre sitios arqueológicos del sur de Mendoza y Chile central (Lagiglia 1977<sup>a</sup>, 1977b, 1994<sup>a</sup>, 1997b, 1997c; Schobinger 1975; Duran 1979; Falabella y Stehberg 1989; Duran y Planella 1989; entre otros) hacen imprescindible hacer referencia al registro arqueológico de Chile Central, en especial a las cuencas del Maipo y el Cachapoal. Dicha referencia ayudará en la comprensión de los procesos macrorregionales que afectaron la circulación de bienes, recursos y grupos humanos en el pasado.

La región de Chile Central se extiende desde el cordón del Chacabuco por el norte (33° L.S.) hasta el Seno de Reloncavi en el Sur (42° L.S.) (Niemeyer 1989). Orográficamente está caracterizada por la presencia de cuatro rasgos de orientación Norte-Sur. De Este a Oeste estos son:

a) La Cordillera de Los Andes con alturas que superan los 5.000 m.s.n.m b) La depresión intermedia o Valle Longitudinal de Chile, c) La Cordillera de la Costa con alturas de hasta 2.000 m.s.n.m y d) las terrazas o planicies litorales.

El clima de la región Centro Norte (área comprendida al norte del Bio Bio), es variable dependiendo principalmente de los rasgos orográficos mencionados más arriba y de la latitud. Así es que hay un gradiente decreciente de temperatura hacia el sur y un aumento de las precipitaciones en la misma dirección que van desde unos 350 mm hasta más de 1.100 mm con un periodo de sequedad estival (Quintanilla Pérez 1983).

En cuanto a la flora hay un predominio del matorral estepario en el valle Central de Chile. La cubierta herbácea es de composición diversa con plantas anuales especialmente gramíneas forrajeras. Los bosques en las quebradas de ambas cordilleras están compuestos principalmente por la Palma Chilena (*Jubaea chilensis*) peumo (*Cryptocaria alba*), quillay (*Quillaja saponaria*) y maitén (*Maytenus boaria*) entre otras especies arbóreas. En la cordillera a los 2000 m.s.n.m. se desarrolla el ciprés (*Austrocedrus chilensis*) (Niemeyer 1989). El sistema hidrográfico está caracterizado por seis cuencas principales con ríos caudalosos que corren en una dirección este-oeste. De norte a sur estos son: Maipo, Rapel, Mataquito, Maule, Itata y Bio Bio. Finalmente en cuanto al ambiente, es importante destacar el alto grado de contraste que se observa entre ambas vertientes de la cordillera, las cuales presentan recursos y ambientes completamente distintos y un grado de complementación que pudo haber sido muy importante en el funcionamiento de las sociedades cazadoras recolectoras prehistóricas.

Si bien el poblamiento de Chile Central y de la cordillera comenzó muy tempranamente, hacia finales del Pleistoceno

y principios del Holoceno (Núñez 1989; Núñez *et al.* 1994), las evidencias arqueológicas citadas por los investigadores de ambos países restringen nuestro interés a los últimos 4.000 años AP. En estos momentos tendríamos las etapas finales del Período Arcaico y del desarrollo posterior de las tradiciones chilenas Bato, Lolloo y del complejo cultural Aconcagua (Durán y Massone 1979; Falabella y Stehberg 1989; Cornejo y Simonetti 1993).

### 1-Período Arcaico

No han sido identificadas evidencias de contacto intercordillerano en el área del alto valle del río Atuel pertenecientes al denominado período Arcaico de Chile central, sin embargo se mencionarán algunos puntos importantes a fin de entender los procesos previos que gestaron la consolidación de las etapas alfareras posteriores. Las ocupaciones pertenecientes a este momento (Arcaico) se manifiestan en diversos sitios de Chile Central como el nivel II de Tagua Tagua, caracterizado como una ocupación de cazadores recolectores de fauna actual, que incluían en su dieta recursos marinos y lacustres y la recolección de frutos silvestres (Durán 1980). En el territorio fértil de Chile Central comienza a haber un cambio en las estrategias adaptativas de los grupos humanos hacia los 4.000 años AP, con un aprovechamiento más amplio del espectro de recursos, combinando recursos litorales, lacustres y fluviales, como así lo evidencian los sitios de cazadores de Cuchupui y del nivel II de Tagua Tagua (Núñez 1989). Otros sitios arqueológicos de esta región que muestran ocupaciones con fechados que van entre 5.000 y 2.300 años AP son El Manzano 1, La Batea 1, Los Llanos y Los Queltehues, algunos de los cuales han sido ocupados desde hace al menos 9.000 años (Cornejo y Simonetti 1993; Saavedra 1993).

Los sitios arcaicos correspondientes a la región de Chile Central muestran un patrón de ocupación “aglutinado” (Saavedra 1993), que pareciera ser distinto a otros asentamientos del Arcaico, los cuales muestran un patrón de asentamiento disperso (Cornejo y Simonetti 1993). Apparentemente, en estos momentos también comienzan a ocuparse sectores altitudinales más bajos que los de las ocupaciones posteriores, lo que puede verse en sitios como Los Azules 4. A su vez, las ocupaciones en altura parecen hacerse más permanentes con presencia de recintos habitacionales pircados (Saavedra 1993).

### 2-Período Agroalfarero Temprano

En la región de Chile Central comprendida entre los ríos Maipo y Petorca comienza alrededor de los 2.300 años AP el desa-

rollo del Período Alfarero Temprano con la aparición de la tradición Bato extendiéndose hasta los 1.600 años AP (Falabella y Stehberg 1989; Planella y Falabella 1991; Cornejo y Simonetti 1993; Sanhueza y Falabella 1999-2000), aunque elementos de esta tradición perduran hasta los 1.100 años AP (Falabella y Stehberg 1989). Esta tradición se puede encontrar tanto en el litoral como en el interior con el aprovechamiento de distintos recursos según el ambiente en que estén ubicados los sitios. Así, mientras en la zona litoral se observa un marcado aprovechamiento de recursos marinos, en el interior la subsistencia estaría basada en la caza de guanacos con un fuerte énfasis en la recolección, evidenciado por la presencia de morteros comunales, con un sistema de movilidad estacional de aprovechamiento de los distintos pisos ecológicos en especial de las vegas (Falabella y Stehberg 1989). Parecería también que estos grupos del período agro alfarero temprano ocupan las zonas más altas de cordillera y precordillera que en general habían permanecido despobladas durante el período Arcaico (Saavedra *et al.* 1991). Estilísticamente, los rasgos que definen a la tradición Bato son las incisiones lineales con campos punteados (Falabella y Stehberg 1989). Esta tradición no aparece claramente en el registro arqueológico de la vertiente oriental de la cordillera por lo que no haremos una descripción profunda de sus características.

Con respecto a la tradición Llolleo, existen fechados en diferentes sitios que la ubican entre 1.860 y 1.730 años AP. Estos grupos se asientan principalmente en terrazas fluviales y ámbitos lacustres y sus tipos cerámicos han sido encontrados también en la vertiente oriental de la cordillera en el departamento de Malargüe en Mendoza y en la provincia de Neuquén (Lagiglia 1977<sup>a</sup>, 1997b). Se ha mostrado también como el tipo cerámico de origen chileno más y mejor representado en el sitio El Indígena en la alta cordillera argentina (Lagiglia 1997b). Las características estilísticas que definen a la cerámica Llolleo son el Jarro asimétrico con asa puente bifurcada, la olla de cuello angosto y otros tipos de vasijas decorados con pintura roja e incisos reticulados (Falabella y Planella 1979; Falabella *et al.* 1993). Para los investigadores de Chile Central, esta tradición muestra una mayor cohesión entre los asentamientos, presentando una adaptación altamente efectiva en los ámbitos mediterráneos (Falabella y Stehberg 1989). Sin embargo los sitios en los que se halla mejor representada son los de ambientes costeros, lugar en el que esta tradición fue originalmente caracterizada. Otro aspecto que destacan los investigadores es que parecería haber un fuerte crecimiento demográfico, principalmente en el área del Cachapoal y del Maipo. El patrón de asentamiento se muestra como disperso con grupos de habitaciones que podrían albergar a una familia extensa (Falabella y Stehberg 1989).

Durante el período “Agroalfarero Temprano” comienza a verse un cambio en el tipo de asentamientos con respecto a los del Arcaico, evidenciado en la forma de los conjuntos líticos y en el aumento del espectro de sitios utilizados (Cornejo y Simonetti 1993). Para el desarrollo de las distintas etapas de la prehistoria de este sector, Cornejo y Simonetti (1993) plantean un enfoque alternativo a los modelos planteados anteriormente al que definen como «enfoque localista». Desde esta mirada, los autores centran su atención en las “diferencias” dentro de las cuales se encuentra cada contexto sociocultural, con un fuerte énfasis en los hechos empíricos, intentando dejar de lado los modelos regionales.

Aparentemente, las comunidades Bato y Llolleo no sólo coexistieron temporalmente, sino que también intercambiaron elementos pertenecientes a sus tradiciones. Sin embargo y pese a la gran cantidad de trabajos que se están desarrollando actualmente, aún no están claros algunos aspectos de esta interacción y la forma en que éstos compartieron el ambiente.

En base a diferentes indicadores, los grupos Llolleo han sido caracterizados como comunidades con agricultura (Falabella y Planella 1979; Falabella y Stehberg 1989), sin embargo creo que es necesario un replanteo más profundo de las evidencias disponibles antes de afirmar que esta fue la base de su subsistencia (ver Sanhueza y Falabella 1999-2000). Aspectos ligados a este tema fueron discutidos en un reciente taller de Chile Central<sup>1</sup>. La alfarería es el indicador más comúnmente utilizado como evidencia de la presencia de una economía de producción en pequeña escala para los grupos Llolleo. Esta idea es apoyada también por el hallazgo de diferentes cultígenos (maíz, zapallo, poroto y quínoa) en el sitio La Granja, aunque este contexto ha sido definido como ritual ya que en él se han recuperado en forma conjunta con los cultígenos, 643 fragmentos de pipas y entierros intencionales de morteros (Planella y Tagle 1998). Gil (1997-1998, 2000) ha discutido los problemas en la caracterización de la economía de un grupo a través de la utilización de datos generados en contextos rituales o de cementerios. Por otro lado las evidencias más fuertes muestran en los diferentes sitios un registro más próximo a una economía de caza y recolección que de agricultores. Sobre esto se volverá más adelante.

Entre los 1.500 y 1.100 años AP se produce el desarrollo de lo que se denomina Período Agroalfarero Medio. Para la aparición del mismo Falabella y Stehberg (1989) señalan que estos grupos del Período Agroalfarero Medio se desarrollan sobre las poblaciones previas:

---

1 “Primer Taller del Período Agroalfarero de Chile Central», realizado en Santiago en Agosto de 1999.

“Por otra parte, la existencia de un importante sustrato poblacional local alfarero temprano que supo adaptarse fuertemente a las condiciones medioambientales del área, posibilitando un intenso poblamiento de la zona” (Falabella y Stehberg 1989: 307).

Estos autores señalan también que las poblaciones no alcanzaron el «grado de desarrollo cultural» de los grupos Aconcagua que aparecen en el período posterior, sino que mantienen las características del período anterior, tanto en lo tecnológico como en su organización. Este período está caracterizado por la aparición de un nuevo estilo cerámico con una fina decoración en rojo sobre fierro oligisto (Falabella y Stehberg 1989). Recientemente se ha puesto en discusión la existencia del Período Agroalfarero Medio debido a que no hay evidencia suficiente para seguir manteniéndolo. Entre los argumentos que se esgrimen en contra del mismo podemos mencionar; que la presencia del fierro oligisto tiene fechados que provienen del Temprano y que la caracterización fue hecha en base a excavaciones en aleiros con los problemas de funcionalidad específica que estos tienen<sup>2</sup>.

### 3- Período Agroalfarero Tardío

El complejo cultural Aconcagua es el que representa al Período Agroalfarero Tardío de Chile Central. En un principio sus límites se establecieron entre el valle del Aconcagua hasta el río Cachapoal, extendiéndose luego hacia el Norte hasta el río Petrorca, con presencia de algunas manifestaciones más allá de estos límites, incluso en numerosos sitios de la vertiente oriental de la cordillera (Duran y Massone 1977). Hoy a la luz de nuevas investigaciones se cree que el área ocupada por estos grupos no superó los ríos Aconcagua, al norte, y Cachapoal, al sur (Sánchez y Massone 1994). Cronológicamente se extiende desde los  $1.010 \pm 80$  años AP (sitio María Pinto) hasta el  $780 \pm 70$  AP (Sitio Blanca Gutiérrez) (Sánchez y Massone 1994). Probablemente estos límites temporales puedan estirarse hasta los 1.200 años AP y el contacto con los Incas. Durante el desarrollo del Complejo Cultural Aconcagua (Durán y Massone 1977) se consolidan los sistemas de interacción que relacionan al hombre con su medio ambiente bajo una organización de tipo Jefatura o Señorío, un orden centralizado e intensificación de las relaciones con las áreas vecinas, características que son interpretadas como pruebas de un aumento demográfico (Durán y Planella 1989). El complejo abarca una diversidad ambiental y de sitios importantes, entre los que se encuentran cementerios de túmulos, conchales costeros y sitios de habitación en cuevas y a

cielo abierto. Con respecto a los diferentes ambientes en el cual los podemos encontrar caben mencionar las terrazas marinas en la costa, zonas de ecotono, cabeceras de valle y valles lacustres entre otros (Duran y Planella 1989). El sitio arqueológico El Indígena que está ubicado del lado argentino fue interpretado como perteneciente a este complejo cultural y se lo señala como ejemplo de sitios pircados (Durán 1979).

En cuanto a las características de la subsistencia de los grupos, se muestran dos estrategias distintas de acuerdo al espacio que éstas ocupan: costa e interior. Si bien se pueden caracterizar con claridad las ubicadas en zonas costeras está menos claro el panorama de subsistencia en el interior y en la zona cordillerana. El primer tipo de asentamiento basaría su subsistencia en recursos marinos y la recolección y procesamiento de flora y se supone que hayan tenido terrenos irrigados para la agricultura por la presencia de morteros (Durán y Planella 1989). Aparentemente algunos de los recursos marinos serían enviados al interior (Durán 1979). En cuanto al segundo tipo de asentamiento (sitios del interior) poseían una economía basada en la agricultura y la ganadería con una complementación de recursos obtenidos a través de la caza y la recolección. La domesticación de camélidos como forma de subsistencia para las poblaciones Aconcagua ha sido puesta en cuestión. Estudios arqueofaunísticos de sitios correspondientes a este “complejo cultural” muestran sólo la presencia de guanaco. Tampoco se han detectado corrales u otro tipo de estructuras que apoyen la idea de que estarían practicando el pastoralismo (Sánchez y Massone 1994; Becker 1993). Los restos de agricultura están evidenciados principalmente por una gran cantidad de morteros (aunque los morteros también son relacionados con la actividad de recolección), restos de semillas y marlos de maíz y porotos como los encontrados en el sitio “El Coligue” (Duran *et al.* 1993). Otros investigadores destacan la presencia de una subsistencia basada en la horticultura a través de evidencias dentarias, las cuales presentan patrones de caries y desgastes compatibles con este tipo de economía. También señalan la presencia de enfermedades y síntomas óseos que muestran características de un trabajo agrícola (Cáceres *et al.* 1993). En las ocupaciones permanentes, sin embargo los restos de caza y recolección estarían cumpliendo un papel tan o más importante que las actividades agro pastoriles. Además de los restos faunísticos de camélidos recuperados en los sitios, las actividades de caza están evidenciadas por la presencia de puntas, raspadores, cuchillos y raederas (Durán *et al.* 1993).

El mismo autor señala que, por la presencia de recursos costeros en el interior de Chile Central, es posible que exis-

<sup>2</sup> Estas discusiones también surgieron en el ámbito del Primer taller del Período Agroalfarero Temprano de Chile Central. Agosto de 1999.

tiera una movilidad de tipo estacional para complementar recursos. También existiría una movilidad estacional hacia terrenos ubicados a mayor altura donde hay evidencias de restos Aconcagua. En este caso las poblaciones estarían buscando materias primas y animales para cazar o llevando animales a pastar en los campos verdes de las alturas (Durán *et al.* 1993). Trabajos bioarqueológicos llevados a cabo por Constantinescu y Hagn (1995) en el cementerio de Chicauma muestran también datos poblacionales que podrían corresponder más que a una población de agricultores típicos, a una sociedad en transición de un modo de vida cazador recolector a agricultor. Los autores señalan que este tipo de transiciones entre dos formas de subsistencia distintas trae aparejado problemas de accesibilidad a los recursos. Una forma de solucionar tales problemas es el establecimiento de redes de intercambio con otros grupos asentados en medioambientes distintos, lo que les permite tener acceso a recursos diferentes.

La cerámica es el rasgo más característico del Complejo Cultural Aconcagua y sus tipos se pueden diferenciar en cuatro variantes: 1- Aconcagua Salmón; 2- Aconcagua rojo engobado; 3- Aconcagua pardo alisado; 4- Aconcagua Tricromo engobado (Durán 1979; Durán y Massone 1979; Durán *et al.* 1993; Massone 1980) Dentro de las decoraciones el motivo del “Trinacrio” es el más característico de los tipos Aconcagua y es “unificador” del contexto Aconcagua (Durán y Planella 1989). Para este momento también se tiene dentro de los contextos, cerámica proveniente de la vertiente oriental como la del sitio Ch f 1.501 en el cual aparecen restos de cerámica Viluco (Cáceres *et al.* 1993). También se destacan las relaciones del complejo Aconcagua con grupos Diaguitas, y transcordilleranos pre incas, que son interpretados como muestra de una amplia movilidad (Durán y Planella 1989).

Durán y Planella dividen a la ocupación Aconcagua en tres sectores a) El sector Norte donde según los autores se potenciarían los intercambios transcordilleranos por las características topográficas que permiten el paso de un lado a otro de la cordillera, b) el sector central en la cuenca de Santiago y valles de la cordillera, precordillera y litoral, donde se presenta una expresión local evidenciada por el dominio del motivo de decoración del trinacrio y c) Al sur del río Maipo y en el Cachapoal donde la expresión Aconcagua parece diluirse con escasas evidencias de ocupación (Durán y Planella 1989)<sup>3</sup>. Por la ubicación geográfica esta última zona es la que más interesa a esta investigación para poder comprender el registro arqueológico del alto valle del río Atuel. Por último la evidencia arqueológica muestra contactos culturales de este complejo con el sistema administrativo incaico.

Hacia el 600 AP se produce el proceso de expansión incaica en el centro de Chile, en el área específica del Cachapoal y Choapa, (Stehberg 1992; Planella *et al.* 1993). El mismo puede ser registrado en algunos sitios incaicos de esta región de Chile como el “Cerro Grande de la Compañía”. La ocupación de la tradición Inka se produce en los mismos sitios ocupados por el periodo anterior, reocupándose lugares nuevos como lo son los santuarios de altura, tales como los del Cerro el Plomo y Cerro el Peladero (Cornejo y Simonetti 1993).

## 4-Discusión de los antecedentes de Chile central y su relación con el sur de Mendoza

Si bien el poblamiento de Chile Central se produjo tempranamente, hacia el límite Pleistoceno-Holoceno, y continuó siendo ocupada durante el Arcaico, las evidencias claras de intercambio con la vertiente oriental de la cordillera no aparecen hasta después de los 2.000 años AP. Para este momento se desarrolla el periodo “Agroalfarero Temprano” y hacia los 1.100 años AP el «Período Agroalfarero Tardío». Algunos autores sostienen que probablemente hasta bien entrado el Holoceno (*ca.* 8.000 años AP) los glaciares de la cordillera principal mantendrían cerrado los pasos (Lagiglia 1997b). Más allá de esto, es necesario tener en cuenta que los bienes que podrían haber circulado durante el Paleolítico y/o el Arcaico no tengan la misma visibilidad que los de los periodos alfareros más tardíos, como los tuestos cerámicos decorados de las tradiciones Llolleo o Aconcagua, por lo que la posibilidad de contactos previos no debe ser descartada. El tipo de subsistencia para el Arcaico en Chile Central ha sido caracterizada como un aprovechamiento integral de los recursos donde se combina la explotación de recursos litorales, lacustres y fluviales, con un patrón de ocupación que ha sido definido también como de transhumancia estacional (Nuñez 1989; Cornejo y Simonetti 1993), similar al tipo de estrategia caracterizado para las áreas de cordillera del Centro Oeste (Schobinger 1975; Lagiglia 1977b, 1997b; Gambier 1977).

Ya para momentos más tardíos, durante el Período Agroalfarero Temprano de Chile central, específicamente el caso de la tradición Llolleo (es la mejor representada en el sur de Mendoza), se puede ver una mayor intensidad en la ocupación del espacio y un desarrollo importante de la tecnología cerámica. Entre los problemas que se destacan están el verdadero significado de la coexistencia Bato-Llolleo. Este proceso que se observa durante todo el temprano en grandes áreas de Chile central, ha sido entendido como que

---

3 Hoy la ocupación efectiva de esta área por parte de grupos Aconcagua está en discusión (Sánchez y Massone 1994).

ambas tradiciones están compartiendo el territorio y aprovechando el mismo set de recursos (Falabella y Stehberg 1989).

La caracterización del tipo de subsistencia para el Período Agroalfarero Temprano es otro de los temas que necesitan una discusión más amplia. Si bien estos grupos han sido caracterizados como “agroalfareros”, es difícil a partir de la evidencia disponible, sostener la idea de un tipo de economía basado en la producción de alimentos. La asociación de algunos restos de cultígenos a contextos rituales parecería ser la evidencia más firme para sostener esta idea. Sin embargo el indicador más comúnmente usado en la región para caracterizar este tipo de estrategia de subsistencia ha sido la presencia de cerámica que se muestra como un indicador de poco peso a la hora de sostener la existencia de comunidades productoras de alimentos.

Como se explicó en la primera parte de este capítulo, tampoco es claro el panorama en cuanto a la presencia de los cultígenos en territorio argentino fechados en 2.000 años AP (Gil 1997-1998, 2000). Como lo discute Gil la presencia de este recurso puede tener diferentes significados que no necesariamente están ligados a su consumo (Gil 1997-1998, 2000). Es interesante que en ambas vertientes de la cordillera para los 2.000 años AP la presencia de este tipo de recursos está ligada a contextos rituales y en ambos casos también la caza y la recolección parece seguir siendo el tipo de estrategia de subsistencia más importante. Por otra parte, también en ambas vertientes cordilleranas se observa una rápida incorporación de la tecnología cerámica que incluye la aparición de diferentes tipos. La cerámica se muestra como uno de los elementos de mayor circulación entre ambas vertientes, a los que se le suman las valvas de moluscos, vegetales silvestres, materias primas líticas y probablemente también plantas domésticas (Lagiglia 1977a, 1997c; Seelenfraund *et al.* 1996; Gil 2000).

Para los últimos 1.000 años AP durante el denominado Período Agroalfarero Tardío de Chile central, también existen discusiones en torno al tipo de subsistencia que se le atribuyen a las ocupaciones del Complejo Aconcagua. Desde sus comienzos han sido caracterizadas como sociedades agro-pastoriles (Massone 1977; Durán y Planella 1989), sin embargo los trabajos más recientes muestran la ausencia de camélidos domesticados y pocos indicios de la presencia de agricultura, aunque esta última parece haber tenido cierta importancia dentro de su economía (Becker 1993; Sánchez *et al.* 1994). La presencia de grupos Aconcagua en la vertiente oriental de la cordillera también ha sido descartada. Probablemente los restos recuperados en sitios del actual territorio argentino correspondan a sistemas o redes de flujos de bienes intercordilleranos (Falabella *et al.* 2001) que podrían extenderse hasta la llegada de los Incas y se continuó más allá del arribo de los españoles a la región.

En resumen, para los últimos 2000 años AP los grupos de ambas vertientes cordilleranas comienzan a hacer un uso más intensivo de los ambientes, especializándose en recursos costeros en el litoral y en el guanaco en los valles centrales en el territorio chileno y en los valles cordilleranos en el actual territorio argentino. Si bien no es clara su funcionalidad, aparecen cultígenos a ambos lados de la cordillera, por lo que todas las tradiciones de Chile central han sido definidas como agrícolas, aunque siguen haciendo uso de la caza y probablemente también posean algún tipo de movilidad estacional. El paralelismo de algunos procesos ocurridos en ambas vertientes cordilleranas muestra que pese a las duras condiciones que imponen los ambientes de altura y los pasos cordilleranos, las poblaciones humanas han tenido importantes contactos. Esta situación que parece haber tomado más fuerza en los últimos 2.000 años AP les permitió la utilización de recursos complementarios localizados en ambientes distantes.



